

CORRIENDO PARA ALCANZAR AL ESPÍRITU: ESPÍRITU DE ESPERANZA

Hna. María Chin, RSM

La Hna. María Chin, Religiosa de la Misericordia, originaria de Kingston, Jamaica, es titular de una licenciatura en Historia, obtenida en la universidad de las Antillas, y de una maestría en el Ministerio de formación en la Universidad Duquesne (EE.UU.). Su curriculum vitae comprende también algunas experiencias como profesora de Liceo, acompañante de retiros, coordinadora regional en Jamaica y formadora; en fin, ocho años de servicio en el equipo de liderazgo de las Religiosas de la Misericordia.

Original en inglés

Hace una semana, presionada por el tiempo limitado y la sobrecarga que representa mi regreso a Jamaica después de 5 años pasados en Estados Unidos, me encontré literalmente “corriendo para alcanzar al Espíritu”, para encontrar una inspiración en vistas a esta conferencia. En un momento de lucidez, sin duda provocado al ver el nombre del Hermano Don Bisson, FMS en este programa, recordé un sueño que tuve hace mucho tiempo, antes de hacer un retiro dirigido por Don Bisson. En este sueño me encontraba en medio de un campo vasto y desierto, sin nada que estuviera a la vista... De pronto, apareció una manada de vacas que corrían hacia mí, amenazando aplastarme. Aterrorizada y petrificada, traté de correr con más ligereza que las vacas, realizando al mismo tiempo que esta tentativa sería en vano. Lo que debía hacer, era correr con las vacas. En el momento en que me puse a hacerlo, desperté. Más tarde, Don me explicó que según Jung las vacas simbolizan la feminidad, un elemento de información que contiene lo que espero desarrollar en esta ponencia.

Hace muchos años que soñé esto. Fue al final de una sesión de formación organizada con el fin de dar a conocer, a las religiosas, la realidad de Haití. He envejecido y esto me lleva no solamente a reunir mis recuerdos ligados a escenas del pasado, sino también a realizar que un recuerdo conduce a otro. Cuando continuaba corriendo para alcanzar el mensaje del Espíritu para hoy, algunas chispas de esta experiencia me vinieron a la mente; comprendí que a pesar de la restauración de la democracia y de las promesas de la “Comunidad Internacional”, nada ha cambiado de manera significativa para el pueblo haitiano. El antiguo proverbio creol “después de la danza, el tambor se siente pesado”, es una

realidad que se vive cada día en la ausencia de medios para abordar las situaciones legales, económicas y sociales del pueblo haitiano, así como los problemas de pobreza, de hambre y de desempleo. Pensé en el alto nivel de conciencia política del pueblo y en la difícil tarea de crear la democracia.

Gusté, una vez más, el sabor de fragmentos de conversación con grupos de personas, especialmente con mujeres de toda condición, que no temían lamentarse o quejarse. Ellas se atrevían a decir, en voz alta, cuán insoportable se les hacía el sentimiento de pobreza y a veces de desesperanza, cuán grande era su ansiedad, y cuán profundas las consecuencias de su miedo. Al mismo tiempo, tenían una manera maravillosa de poner las cosas en perspectiva, por ejemplo, la utilización artística de la estrategia, la risa sabia delante de las cosas incongruentes de la vida, las carcajadas a expensas suyas. Esto me recordó que las personas confrontadas a cuestiones de verdad y de justicia tienen a su disposición algo más que sus propios recursos limitados; están profundamente tocadas por una luz y una fuerza que no vienen de ellas. Esto no es más que la esperanza, una parte del deseo de Dios, que circula en todo nuestro ser como una savia. (Cynthia Bourgeault).

Cada conversación podría proporcionar un tema interesante para esta presentación, sin embargo hay una foto que golpea mi imaginación y toca a la ausencia total de sentido que experimento al enfrentarme a una pobreza y a un sufrimiento inexplicables. La fotografía se centra en una pequeña copa de poliestireno que parece que alguien colocó detrás de la enorme llanta trasera de un camión, como para impedir que siga su trayectoria. Abajo, el fotógrafo escribió cuidadosamente: *Estáis llamados a tener grandes esperanzas. ¿Una pequeña copa de poliestireno que obstruye y resiste la fuerza poderosa de un enorme neumático? ¿Incongruente? ¿Ridículo? ¿Sin esperanza? Puede ser. Sin embargo, esto nos recuerda otra historia. Se dice que Napoleón, al final de su vida, hizo la observación siguiente: "¿Sabéis qué es lo que me asombra más en el mundo? La incapacidad de la fuerza para crear algo. Al fin de cuentas, el sable es abatido siempre por el Espíritu"*.

La esperanza es la gran realidad, el espíritu del pueblo Haitiano. Llega hasta lo profundo de su vida cotidiana y da consistencia a su increíble capacidad de sobrevivir.

Estos recuerdos me conducen más allá de Haití, pues soy consciente de que estas historias no son únicas de Haití. En el mundo entero se escuchan y se cuentan historias similares de personas que viven privaciones económicas, el temor y la violencia, la degradación y la opresión, que son confrontadas en su vida al caos y a la confusión y salen de ellos llenas de esperanza. Para ellas, esperar es una ética de liberación (Robert Raines). Para sobrevivir, estas personas crean estructuras que comprometen las bases de las comunidades. Ellas se

reúnen, a veces corriendo grandes riesgos, para compartir sus dones y talentos; se enseñan mutuamente sus competencias y conocimientos técnicos; desarrollan programas de alfabetización y sistemas de operación bancaria domésticos. Cuentan con los recursos espirituales de la oración, el estudio, el arte y el teatro, la música, la concientización, la cólera ante la injusticia, la organización de la comunidad a pequeña y grande escala, el apoyo de mentores y el poder de la amistad.

Esperar es también una ética de resistencia. Existe una fuerza inmensa en estos grupos, formados en torno a exigencias y a existencias cotidianas de personas ordinarias. Buscan compartir con un alma hermana y luchan en la perspectiva del Evangelio para lograr pequeñas transformaciones donde sea posible. Estos esfuerzos que fueron iniciados para ayudarse mutuamente en la lucha contra la opresión política, dirigen ahora sus energías hacia la lucha económica en muchas de estas situaciones. Y es ahí en donde aparecen como crucificados – estirados verticalmente por su profundo deseo de un desarrollo sostenible y de un cambio sistémico, empujados y estirados horizontalmente por sus necesidades inmediatas y cotidianas de alimentación, vestido, habitación, salud y educación, - cosas básicas de las cuales ellos tienen muy poco.

Al recordar mis encuentros con una veintena de personas que están en una situación desastrosa y cuyas vidas peligran ante la cultura de violencia y de muerte que nos rodea, veo cómo es imposible explicar este espíritu de esperanza; se puede entender sólo por el hecho de que son profundamente conscientes de que el Espíritu de Dios está actuando en su vida cotidiana. Esta conciencia les hace comprender que el Evangelio es político en el sentido más profundo del término, que su vocación consiste en participar en el trabajo del Espíritu y resistir a la injusticia en sus comunidades y en sus naciones. Para ellos la única opción es permanecer solidarios para luchar contra “el poder de la muerte”, con el fin de comprender y de sobrevivir. “Si no podemos vencer, podemos impedir el ser vencidos”, me dijo una mujer. Ella era miembro de un grupo de pequeños comerciantes a quienes los militares destruyeron sus tiendas y sus mercancías.

Un aspecto fascinante de todo esto es que a menudo vi, de manera fugaz, imágenes bíblicas de Dios, por ejemplo el amor extremadamente protector de la madre osa cuando alguien ataca a su cachorro, o la fuerza del águila desplegando sus alas para proteger a su hijo; vi estas imágenes de Dios reflejadas y vivas en las madres fuertes y valerosas, de Rwanda, estas madres que soportan el hambre para que sus pequeños puedan comer; las madres que, en África, ven a pueblos enteros morir de sida; las madres que piden justicia y trabajo para sus hijos e hijas.

Insisto, un poco pesadamente, para mostrar que todas estas historias hablan de la creación. Hablan de vosotras, de mí y de lugares en nuestras vidas

y en nuestro mundo en donde la Sabiduría, el Espíritu de Dios, está verdadera e íntimamente presente, lanzando un reto a la misión de Dios en nuestro mundo, a la vez que conduce la Iglesia e impulsa a los religiosos y religiosas a correr detrás de Él, para captar Su presencia portadora de vida y de sanación, y para hacer realidad el poder del amor en la historia, el poder de la justicia y de las relaciones justas en nuestro mundo (Gary Riebe-Estrella, svd).

Reflexionar en estas realidades me ha llevado a dos convicciones que quisiera desarrollar. La primera convicción que quisiera explorar es que existen personas de fe “corriendo para alcanzar al Espíritu” y dan una nueva definición al término comunidad: una erupción de compasión y de solidaridad.

En el mundo entero, insiste Kosuke Koyama, las experiencias de vida de las personas más desprovistas llegan a nuestras conciencias como un viento fuerte de Pentecostés. Estas personas desfavorecidas están leyendo nuevamente el Evangelio a partir de su experiencia de vida y con mucha imaginación; están reclamando la subversión del Evangelio. En el mundo entero, en lugares de esperanza, el Evangelio está revelando palabras poderosas sobre la solidaridad de Jesús con la historia. La misericordia y la compasión de Jesús son tan inmensas que Él continúa su ministerio de sanar y reedificar donde puede, y está con nosotros en el dolor de la humanidad y en la angustia de la creación.

En el mundo entero, el Evangelio está revelando palabras fuertes, expresando aspectos cruciales del Evangelio que han estado por largo tiempo ignorados, como la armonía con toda la creación, la integridad y la integración, el compartir y la colaboración. Este paradigma del “partenariado” habla de personas que tienen historias únicas que contar. Invita a relaciones basadas en la igualdad, la mutualidad, y el compartir, y enfatiza el servicio y el poder como energía. Escuchamos el Evangelio que nos habla de conexiones y de interdependencia, de integración y de integridad, de salvaguardar y no de explotar, de abundancia y no de penuria, de solidaridad y no de competencia; de una humanidad inclusiva y de transformación de la conciencia. Este paradigma propone una forma alternativa de ser discípulo que nos urge a recobrar la orientación comunitaria fundamental del Evangelio. Esta orientación nos llama a cruzar de un lugar seguro y confortable en donde estamos, a la otra orilla, y a situarnos con otras personas que no tienen más que sus recuerdos, la fe, y la esperanza; a crear, a partir de ello, opciones alternativas a la cultura de muerte que los rodea.

La palabra “solidaridad” ¿puede significar lo mismo para personas que se sienten seguras, bien alimentadas, bien educadas y bien vestidas, que para personas cuyas vidas se encuentran en peligro constante? ¿Han pensado alguna vez cuán profunda debe ser su ambivalencia cuando se relacionan con aquellos/as de nosotros/as que aparentamos tener tantos bienes?

Hermanas de la Misericordia de las Américas, mencioné a mi Congregación que ser solidarias con los demás podría ser el punto crucial de nuestra transformación y el reto más grande que debemos afrontar como Iglesia y como religiosas y religiosas. Actualmente, estoy aún más convencida de que se trata de un dilema crucial que merita nuestra consideración y que merece ser repetido aquí, ahora, pues me dirijo a vosotras que juegan un papel esencial en el proceso de formación de los nuevos miembros en la vida religiosa.

Hace varios años, Albert Nolan, un sacerdote dominico, sud-africano, nos hizo una descripción lúcida de los llamados del Evangelio en nuestra situación contemporánea de gran desequilibrio y de sufrimiento. Según él, ser solidario es un camino espiritual de transformación que pasa por “diferentes etapas con sus propias crisis o noches oscuras y con sus propios descubrimientos o iluminaciones”. Este viaje nos lleva, a través y más allá de la compasión, a través y más allá de los rigores del análisis y de la comprensión intelectual de lo que causan tales angustias, confusión y desesperación, a descubrir la realidad incómoda, que perturba, a pensar que aquéllos que creíamos que necesitaban nuestra ayuda se salvarán con o sin nosotros. De pronto, nosotras/os que estamos acostumbradas/os a ser maestras/os de la situación, encontramos otras personas “llevando nuestros zapatos”. Aquellas personas que pensábamos liberar son de hecho nuestras liberadoras. No podemos ser liberadas/os sin ellas. En términos teológicos, Nolan hace notar que necesitamos descubrir, no simplemente en nuestra mente sino en nuestra experiencia vivida, que quienes son vulnerables y cuya vida está en peligro son los instrumentos elegidos por Dios para transformar el mundo. La solidaridad verdadera comienza, dice Nolan, cuando reconocemos que formamos parte de los procesos de solidaridad que construyen juntos los pobres y los afligidos de la tierra, y comprendemos la forma en la que el Espíritu nos conduce y trabaja en nosotras/os y a través de nosotras/os.

En términos espirituales, dice Nolan, esto puede crear en nosotras/os una crisis real y nos puede conducir a una verdadera y profunda conversión, a una forma diferente de caminar con el pueblo y de luchar juntos por una vida en plenitud.

Gloria Albrecht va en el mismo sentido pero lo expresa de manera más directa:

“Aprender a utilizar el poder de los que dominan con el fin de liberar a otros de la opresión y liberarnos a nosotros mismos de la tentación de dominar, es una conversión a una nueva manera de avanzar... Para los cristianos (blancos) privilegiados, es el riesgo, en la fe, de cambiar de dirección y de caminar con aquéllos que están viviendo la resistencia a la opresión creada por nuestros privilegios. Es un riesgo utilizar nuestros recursos para apoyar a las personas en su resistencia continua que, si logra el éxito, nos descentrará”.

Pienso que ahí se encuentra el punto crítico del reto que debemos enfrentar como pueblo creyente: cambiar de rumbo y caminar con aquéllos que están resistiendo a la opresión creada por nuestros privilegios; aprender de ellos, lo cual significa no tener privilegios, estar des-centrados. ¿Qué quiere decir esto concretamente? Honestamente no lo sé. Soy consciente, dolorosamente, de mi falta de imaginación en la materia. Desde que regresé a Jamaica, no pasa un día sin que me enfrente a este dilema y sin tener respuestas concretas que dar, pero con el presentimiento de que se necesita una reorganización verdaderamente radical de nuestra experiencia de vida, una transformación de la conciencia que, según Béatrice Bruteau, pide un cambio global (gestalt) de la manera de concebir nuestras relaciones con los demás. De manera que nuestros sentimientos (energías) y nuestros modos de comportamiento cambien de adentro hacia fuera. Esto me lleva a una segunda convicción que está relacionada con lo que acabo de decir. En todo el mundo, las personas corren para alcanzar al Espíritu. Nosotras y nosotros, religiosas y religiosos, somos invitadas/os a tomar parte en esta creciente toma de conciencia de que el Espíritu de Dios está actuando, que sopla donde quiere, para crear cosas nuevas donde nunca han existido.

Cuando leí las ponencias presentadas en la reciente Conferencia anual de LCWR (Conferencia de las superiores mayores de Estados Unidos), me fascinó ver cuántas veces los ponentes hicieron una llamada a la contemplación y a la transformación. Inmediatamente las intuiciones de Béatrice Bruteau me vinieron a la mente. Ella ve la contemplación como una experiencia y una toma de conciencia. Para hacer justicia a su increíble modo de pensar, quisiera ahora invitaros a una especie de “lectio divina” y pedir os escuchar atentamente y con cuidado algunas ideas que están en su libro: *The Grand Option*.

- Vivimos al final de una era, al alba de una nueva época... Lo que hace que esta época que comienza sea realmente nueva, es que nos introduce en un desplazamiento verdaderamente radical de nuestra experiencia de vida. Cuando hablamos de “revolución”, no queremos decir algo como un simple golpe de estado, donde un grupo de dirigentes es reemplazado por otro, mientras que la estructura de gobierno permanece igual; esto es simplemente una rebelión. Una verdadera revolución debe ser un cambio radical de la manera de concebir nuestras relaciones de unos con otros, para que nuestros modos de comportamiento sean transformados del interior hacia el exterior. Toda revolución digna de este nombre debe ser primero una revolución de la conciencia.
- De muchas maneras se puede abordar una especulación sobre la nueva conciencia, pero uno de los lugares en donde el velo que esconde el futuro ante nuestros ojos se ha ido gestando y volviéndose transparente, es el campo de la conciencia femenina que se acrecienta en el mundo. Efectivamente, de todas las sombras que la nueva época está presentando,

puede ser que ésta sea la más reveladora pues toca todos los niveles de nuestra vida, desde lo material, biológico y tecnológico, pasando por lo económico y lo político, hasta lo emocional y social, lo artístico, lo religioso y lo metafísico.

- ¿Qué entendemos por conciencia femenina? Femenina es una palabra polar, significativa por sus contrastes con su complemento masculino. El eje de polaridad puede ser elegido de diferentes maneras y sus orientaciones marcan una diferencia esencial en la concepción que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo: sumiso/dominador, oscuro/luminoso, que siente/que piensa, local/global. Como polaridad generalizada, -más allá de las relaciones mujeres-hombres-, estos ejes han caracterizado gran parte de la percepción, organización y funcionamiento de nuestro mundo. Basta pensar en las discriminaciones raciales, en la explotación económica y en la dominación política para realizar cuánto el paradigma sexual ha dominado numerosos aspectos de nuestra vida.
- Cuando los que se sienten oprimidos por estos patrones sociales comienzan a resistir, por lo general tratan simplemente de ir de un extremo del eje hacia el otro... Es importante reconocer que tal movimiento no es el anuncio de una nueva época. No podrá nacer un futuro significativo mientras que la orientación del eje mismo no sea desplazada para representar la realidad; es decir, que un polo no tiene más valor que el otro. El método de la conciencia femenina funciona no excluyendo sino incorporando. De la nueva conciencia femenina del futuro se puede esperar que acoja contribuciones racionales masculinas para conservarlas y absorberlas, incrustarlas en la matriz de sus propias ideas intelectuales y finalmente dar vida a un nuevo ser, a un nuevo mundo.
- Necesitamos esta nueva perspectiva para considerar, de otra manera, nuestras relaciones fundamentales en el área personal, social y económica, y necesitamos nuevas imágenes para presentarlas, de manera simbólica, a nuestra imaginación; imágenes que a su vez influirán, en gran parte, en la orientación de nuestra vida. Si la polaridad sexual sirve de paradigma para expresar las relaciones sociales más amplias, haríamos bien en explorar maneras alternativas de experimentarla.

Comprendí que Bruteau dice que la nueva conciencia femenina no consiste en reapropiarse de los sentimientos instintivos y de las emociones, de la sensibilidad psíquica y de las características mágicas de las etapas anteriores del desarrollo humano. No se trata, tampoco, de reapropiarse del uso de la razón y de la objetividad desapasionada que tanto se ha valorado en estos últimos tiempos. Esta nueva conciencia femenina es algo diferente –la próxima espiral de progreso– una intuición intelectual o comprensión de sí, un acto del espíritu que integra la conciencia masculina, orientada, analizada y especializada, a la conciencia femenina

que es general, sintética y globalizante. Esta nueva conciencia femenina se agarra a lo que comprende como un todo – una gran corriente de vida que circula a través de todo. Bruteau sostiene firmemente que la única manera de cambiar nuestra manera de creer es cambiando nuestra manera de relacionarnos concretamente con todo lo que existe. Debemos ver nuestra relación con los demás no en términos de complementariedad dependiente o de carencia, sino en términos de abundancia, de madurez personal y de energía desbordante. Pues todos tenemos esta energía desbordante. Y esto no es más que el Espíritu de Dios viviendo en nuestros corazones.

Al principio del año del Jubileo de la Conferencia de la Formación religiosa, Gary Riebe-Estrella pronunció estas fuertes palabras:

“El Espíritu, que desde el origen ha sido la presencia activa de Dios en el mundo, condujo a Israel, después a Jesús, y ahora impulsa a la Iglesia a correr detrás de Él, para alcanzar su presencia portadora de vida y de sanación; la impulsa para indicar que Él conduce el pueblo hacia una humanidad floreciente y hacia una reconciliación con sus diferencias, para caminar ligeramente sobre la tierra donde el Espíritu es la energía interior. El Espíritu, a través de su actividad, hace progresar la misión de Dios en nuestro mundo. Y esta misión divina ha sido confiada a la comunidad de fe, la Iglesia... La Iglesia es la comunidad encargada de alcanzar al Espíritu. Si correr para alcanzar al Espíritu es la función de la Iglesia, en esto consiste también, necesariamente, la fuerza que impulsa a la vida religiosa (o que corre por debajo de ella). Es la que produce el movimiento de esperanza”.

Comprendí que la palabra *espíritu*, en griego es neutra, en hebreo es femenina y que en la era cristiana la hemos masculinizado. Sea como sea que llamemos al Espíritu, expresa la revelación progresiva que Dios hace de sí mismo. El Espíritu permanece siempre dinámico, siempre enigmático, siempre sanando y consolando, y al mismo tiempo, siempre perturba. A medida que me dejo convencer por las intuiciones de Bruteau, me parece que el Espíritu nos está atrayendo y empujando, para transformarnos.

Para mí, esta conciencia de estar encargada de correr para alcanzar al Espíritu no es más que una apelación, un llamado relacionado con la incursión de Dios que da libertad, distancia y perspectiva a todas las otras inquietudes. Aquí concuerdo con el punto de vista de Walter Brueggemann. Para él este llamado no es simplemente una noción formal o una experiencia que da energía. No es simplemente un acontecimiento significativo. Es la dinámica permanente de la apropiación creciente y poderosa de los corazones que quieren ser fieles. Brueggemann lo ve así:

“Tener un sentido evangélico del llamado es abandonar las seguridades de nuestro mundo... Necesitamos reconocer que ese sentido del llamado, en nuestros

tiempos, es profundamente contra-cultural porque las primeras reivindicaciones ideológicas de nuestro tiempo, son las reivindicaciones de la autonomía: hacer sus propias cosas, realizarse, afirmarse, la satisfacción propia. La ideología de nuestro tiempo propone que alguno pueda vivir “una vida sin llamado”, una vida que no tiene referencia con ningún objetivo más allá de sí mismo”.

Ciertamente, éste es un llamado a la conversión y sugiere una danza fascinante entre la libertad humana y el propósito divino. El propósito divino nos compromete en una lucha; una lucha relacional para comprender cómo la ferocidad y la gentileza pueden coexistir, cómo la dureza y la suavidad se unen, cómo la compulsión y la liberación son compatibles, cómo la deliberación y el desprendimiento se entrelazan, y cómo estas fronteras deben negociarse en el proceso de cambio, de la metanoia. Y aquí nos encontramos en el centro de una paradoja. Metanoia no es tanto lo que elegimos cambiar, sino el hecho de ser cambiado, respondiendo, en la fe, a las situaciones que no hemos elegido, o a las que jamás hubiéramos elegido en un principio.

Para muchas/os de nosotras/os, es un gran paso comprender lo que Dios quiere para nosotras/os, lo que Dios desea para nosotras/os; lo que muchas veces hemos llamado “la voluntad de Dios” abunda en nuestra vida cotidiana. Esta voluntad de Dios la encontramos en cada esquina, en la vida ordinaria de cada día. Y solamente cuando cedemos ante un Dios que nos acosa, algo nuevo puede ocurrir. Solamente cuando nos entregamos completamente al misterio de esta divina presencia, cuando nos dirigimos hacia “el Horizonte que atrae” y que nos lleva a la realización del proyecto divino, podemos conocer esta revelación más profunda, más intensa, más íntima del corazón de Dios, y el Espíritu de Esperanza.

En conclusión, quiero admitir que es extremadamente arriesgado y costoso creer verdaderamente que el Espíritu de Dios está presente y vivo en nuestra historia humana, iluminando y capacitando a los pueblos y a sus comunidades, e invitándolas a participar en la misericordia envolvente de Dios y a tener acciones creativas de esperanza y de liberación. Es arriesgado y costoso porque somos llamados a un mundo donde las cuestiones espirituales decisivas de poder y de amor, de generosidad y de egoísmo, de violencia y de compasión nos comprometen en una lucha cotidiana para descubrir cuál es la voluntad de Dios para hoy. Es peligroso porque esto significa involucrarnos en la vida de este mundo, en términos que implican, siempre, arriesgar la muerte bajo alguna forma. El riesgo es grande cuando debemos dejar nuestras seguridades y caminar hacia lugares fracturados, lugares dislocados en nuestro mundo, donde el Espíritu de Dios nos atrae para experimentar lo que alguien ha llamado “la inquietud de la fe”; cuando la ausencia de Dios se experimenta de manera más real que Su presencia, y que la única cosa tangible a nuestro alcance, es nuestra impotencia, nuestra cólera y nuestra rebeldía ante el sufrimiento, la avaricia, la destrucción y la obstinada

crueldad a nuestro alrededor.

Pero podemos recobrar el valor cuando recordamos que tenemos una relación de colaboración con Dios que ama este mundo. En Cristo, Dios se despojó de su divinidad para hacerse solidario de nuestra humanidad, para que aprendiéramos la manera de caminar con aquéllos que llevan una vida de resistencia a la opresión creada por nuestros privilegios. Jesús “viene” a nuestro mundo para mostrarnos cómo amar en el seno mismo de nuestros miedos, de nuestro mundo roto. Viene para decirnos que el amor está en el frío cruel de esta cueva llena de ruidos de animales y de otras cosas; ahí hay viajeros y extranjeros, sufrimiento, desorden y la sangre de un nacimiento. Delante de estos seres desconocidos y aterradores que descienden del cielo, los hombres, los jóvenes y sus rebaños están completamente atónitos y asustados. Y ahora nos toca, a personas temerosas como vosotras y yo, llevar el mensaje de amor, de ternura y de justicia a nuestro mundo que tiene ansias de esperanza.

Y María guardaba estas cosas como un tesoro, las meditaba en su corazón y exclamaba: “Mi ser proclama la grandeza del Señor”.

En estos días de Adviento podríamos volvernos hacia María, Virgen y Madre, “que rompe” fronteras, que personaliza el escándalo de la encarnación. ¿Quién mejor que ella puede comprender la mirada y la espera, la escucha y la acogida? ¿Quién mejor que ella puede comprender y enseñarnos a pasar del miedo a la aceptación de un amor que no ha nacido, aún invisible y desconocido? ¿Quién, mejor que ella, puede comprender y enseñarnos cómo entrelazar, en el tejido de nuestras vidas, los hilos delicados de la gracia que Dios nos presenta en el deseo ardiente del Espíritu?

-
- Kosuke Koyama, temas principales de su discurso en la Asociación Internacional de Estudios Misioneros (Hawai, 6 de agosto de 1992).
 - Gloria Albrecht, *Character of our Communities*, editado por Abingdon Press.
 - Beatrice Bruteau, *The Grand Option*, editado por Notre Dame Press, Indiana, 2001
 - Ibid. Espero que me perdonarán el haberme tomado tanta libertad con la obra de Beatrice Bruteau. La he citado libremente, a veces palabra por palabra, a lo largo de esta presentación; a veces he examinado y a veces he interpretado sus palabras.
 - Walter Brueggemann, *Hopefull Imagination, Prophetic Voices in Exile*, editado por Fortress Press, Filadelfia, 1986